

LA GEOGRAFIA
ESPAÑOLA Y MUNDIAL
EN LOS AÑOS OCHENTA

Homenaje a D. Manuel de Terán



Editorial de la Universidad Complutense de Madrid

Geografía y urbanismo: una ejemplar simbiosis en la obra y en el magisterio de Manuel de Terán

M. VALENZUELA RUBIO*

«La ciudad es la expresión material y objetiva, y como tal una forma geográfica del paisaje, de la vida, de lo que piensa y hace un grupo de hombres y del sistema de relaciones que los vincula. (15, p. 8).**

La temática urbana como soporte de comunicación y vehículo de ejemplaridad personal y científica.

La preocupación por la ciudad en sus más diversas facetas y al servicio de objetivos múltiples (docente, investigador, aplicado) tiene en la trayectoria profesional y humana de D. Manuel unos tempranos inicios, documentados al menos desde su corta estancia como catedrático de bachillerato en el Instituto de Calatayud (1930). Con el paso del tiempo esta parcela de la Geografía Humana irá adquiriendo una creciente presencia tanto en su obra directa como en la de sus discípulos más recientes, muchos de los cuales se van a decantar hacia la temática urbana en sus tesis doctorales así como en su trayectoria investigadora y profesional ulterior. No es pretensión de esta aportación a su homenaje nacional, aunque sería apasionante hacerlo, cómo supo compatibilizar D. Manuel su progresivas preferencias por la temática urbana con el mantenimiento de otras líneas de interés no menos fielmente atendidas y todas ellas firmemente entroncadas en el árbol frondoso de la Geografía, asumiendo hasta el final el reto que para ella supone y seguirá suponiendo, de cara a su homóloga-

* Catedrático de Geografía Humana. Universidad Autónoma de Madrid.

** Los números entre paréntesis remiten al listado bibliográfico final. Las notas a pie de página van en números volados.

ción como disciplina científica, el esfuerzo de generalización a partir de lo concreto y distinto. Así escribía en 1981:

«Si la Geografía es ciencia de lo universal, su verdadera comprensión comienza a partir de la concreta realidad, cotidianamente vista y vivida». (27, p. 9).

Nuestra aportación a la exégesis de esta parcela de la ingente obra de D. Manuel se va a fundamentar inevitablemente en sus trabajos impresos, porque entendemos que es donde los lectores de este volumen de homenaje van a tener la oportunidad de beneficiarse de su magisterio póstumo. No obstante, la frialdad de la comunicación escrita será, en todo caso, incapaz de transmitir la, a nuestro juicio, más jugosa de sus vías de comunicación y transmisión de saberes y, sobre todo, de motivaciones: la comunicación oral, que, bien adoptara la forma de clase, seminario o simple charla, tenía la virtualidad de hacer llegar, por encima de unos contenidos, siempre precisos y actualizados, un mensaje pletórico de entusiasmo e impulso creador, que hizo de él, cualquiera que fuese el nivel docente en que actuara, el arquetipo de maestro en la más profunda aceptación del término. Es muy probable que estuviera pensando en él cuando su buen amigo Julián Marías afirmaba que «el trabajo principal del profesor es contagiar el pensamiento».¹

Así pues, las referencias a sus escritos apoyando nuestro análisis de su obra adolecerán de la ausencia de uno de los más ricos veneros por donde fluían sus inagotables reservas de magisterio, la conversación fuera del contexto siempre rígido de la clase y del artículo impreso. El dejó escrito que la «Geografía es ciencia de andar y ver» (27, p.12); nosotros añadiríamos el verbo «conservar», sin el cual serían incomprensibles la inmensa capacidad motivadora y el magnetismo que supo irradiar sobre quienes nos honramos de ser sus discípulos.²

¹ Fue Marías el académico encargado de realizar el discurso de contestación al pronunciado por D. Manuel a raíz de su recepción pública como académico de la Lengua el 22 de noviembre de 1977. En aquella ocasión su disertación, plena de erudición y de profundidad, versó sobre el tema «La forma del relieve terrestre y su lenguaje». En su respuesta, Marías hacía referencia a un próximo libro de Terán que llevaría el sugestivo título de «La vocación urbana de Hispanoamérica», el cual desgraciadamente no ha llegado a ver la luz; este proyecto truncado respondía a una de las preocupaciones científicas más queridas de sus últimos años, la ciudad americana, tema al que dedicó, ya jubilado, un curso de doctorado.

² Desde su jubilación en 1975 Terán fue objeto de innumerables homenajes, incluida la concesión de la Medalla de Oro de la Universidad Complutense; también se le dedicaron numerosos monográficos por parte de diversas revistas geográficas. Para no caer en involuntarios olvidos, sólo cito a continuación aquellos artículos sobre la obra de Manuel de Terán que he manejado para la confección de este trabajo, con el que afectuosamente me sumo al homenaje nacional organizado por la Universidad Complutense:

BOISQUE, J. (1982). Aproximación a la obra científica de Manuel de Terán. Introducción a la

Una aproximación teórica a la ciudad en permanente actualización y enriquecimiento conceptual.

Obligado a desarrollar su labor docente e investigadora en un contexto político y cultural poco propenso para cualquier forma de aperturismo, sorprende constatar la presencia en sus trabajos de los años 40 y 50 del entronque con las aproximaciones a la ciudad más sugerentes del momento. Así, cuando todavía sobreviven en ciertas aproximaciones al estudio urbano fuertes resabios deterministas, Manuel de Terán se adscribe impecablemente al posibilismo vidaliano, asignando a las justificaciones funcionales la razón de ser de ciertos elementos muy prominentes de la materialidad urbana, que, como el emplazamiento, habían sido permanente coartada para las interpretaciones deterministas de la localización urbana. Su respeto y profundo conocimiento del medio físico sobre el que se asientan las cuatro pequeñas ciudades objeto de sus primeras publicaciones sobre Geografía Urbana (Sigüenza, Calatayud, Daroca y Albarracín) no le hacen olvidar que es la valoración por el hombre la que carga de sentido la ocupación humana del espacio. Así queda de manifiesto en el caso de Sigüenza al referirse a las funciones militares y defensivas:

«Era, sin duda, el cerro, bien defendido por todos sus lados, enclavado en una encrucijada de caminos y haciendo frente a las acechanzas que pudieran venir del sur... el emplazamiento más adecuado para cumplir la función militar y defensiva de la Sigüenza medieval». (2, p.637).

Algo similar cabría decir cuando fundamenta sobre la puesta en valor de los recursos naturales la aparición de la ciudad de Calatayud:

«El cultivo de la huerta debió atraer desde tiempos antiguos un núcleo de pobladores y ser la primera causa del establecimiento en la huerta de un núcleo de población... Calatayud es originaria y fundamentalmente una ciudad de oasis». (1, p. 168).

Con el paso del tiempo esta primera defensa de lo social como auténtico factor determinante de la organización espacial se robustece, lo que le lleva a decir:

recopilación bibliográfica de parte de su producción científica bajo el título: *Pensamiento Geográfico y espacio regional en España*. Universidad Complutense, Madrid. 9-29.
 GARCIA BALLESTEROS, A. (1981). La aportación de D. Manuel de Terán a la Geografía Urbana. *Anal. de Geogr. de la Univ. Complutense*, 1, 315-321.
 RIBEIRO, O. (1983). Saludo y alabanza de Manuel de Terán. *Anal. de Geogr. de la Univ. Complutense*, 3, 1983, 11-23.
 RÍOS, J. (1985). La expresión geográfica del paisaje urbano. *Homenaje a D. Manuel de Terán. Urbanismo revista*, 1, 20-22.

«La Geografía no está inscrita en el suelo, la hacen los hombres contando con éste y, a veces contra éste, pero lo que los hombres hacen sobre el suelo no es puro artificio, es Geografía con el mismo derecho que la que se realiza al dictado de las condiciones físico-naturales». (22, p.9).

Su beligerancia antideterminista por lo que respecta a la Geografía Urbana queda de manifiesto cuando afirma que:

«La ciudad no es un fenómeno geográfico por el acatamiento de estas servidumbres (impuestas por los factores físicos), sino por la rectificación y superación de las coacciones y resistencias por ellos ofrecidas y cuyo resultado es una nueva forma de paisaje terrestre, un nuevo y originalísimo rasgo fisonómico añadido por el hombre a la naturaleza originaria». (16, p.166)

Por otra parte, la interpretación socio-cultural del devenir urbano va a ser una de las preocupaciones más fielmente mantenidas a lo largo de la obra de Manuel de Terán. A partir de una concepción de la ciudad como «la operación trasmutadora más radical llevada a cabo por el hombre en el medio natural», presenta una impecable lógica concluir que «es producto y expresión de una determinada sociedad y de una forma de civilización» (16, p.164). Esta línea culturalista, inspirada en las mejores aportaciones de las escuelas sociológicas americana (L. Wirth) y alemana (M. Weber) (11), late en su obra y en su docencia como criterio explicativo de la dimensión de la ciudad, de su organización interna y de su paisaje urbano. Ello se traduce en su interés por la Historia, por cuanto «la huella del pasado perdura y ha de perdurar durante mucho tiempo y... ha de gravitar de modo necesario en el futuro de la ciudad». Aflora aquí una valoración de la historia urbana, que, si bien ha sido común denominador de un buen número de monografías de los años 50 y 60, no siempre ha escapado al escollo de lo anecdótico o del reduccionismo cronológico. Frente a todos estos riesgos, Terán había centrado en sus justos límites la contribución histórica a la Geografía Urbana:

«... la historia de la ciudad no adquiere categoría de hecho geográfico hasta que directa o indirectamente se expresa en el suelo y contribuye a la creación del paisaje urbano» (1, p.171).

Años más tarde reflexiona sobre el papel del pasado en la interpretación del presente, a raíz de su contribución al Plan del Área Metropolitana de Madrid.

«Una reflexión sobre el pasado hecha con espíritu de inventiva y recuperación, dinamizando sus reservas de vida no agotada, haciéndole participar como componente imprescindible en la tarea de cada día, elevándole a factor de creación» (4, p.4).

Encontrar las claves culturales de las civilizaciones urbanas y de su

carga interpretativa será, pues, un permanente reto para Manuel de Terán tanto cuando se ocupa de ejemplos españoles, inmediatos y bien definidos en el espacio y en el tiempo, como cuando aborda modelos urbanos distantes, relativamente aún mal conocidos como el asiático en los años 50, en el que observa cómo «las grandes unidades regionales ofrecen..., desde el punto de vista de la urbanización, fundamentales semejanzas en relación, a su vez, con un sustancial afinidad cultural» (3, p.119). A partir de esta posición teórica irá afinando en su análisis de las distintas variantes urbano-culturales en función de las respectivas adscripciones religiosas, organizaciones económicas, estructuras sociales y profesionales, sin olvidar la importante función ejercida por la ciudad asiática como centro de gobierno y sede de la administración. En definitiva, la tesis de la ciudad como «producto de una cultura y a la vez fermento actuante sobre ella» conlleva, con todas las cautelas que quepa plantear, una carga explicativa auténticamente valiosa. Y Terán hace uso de ella al afirmar que, inversamente a lo ocurrido en el occidente europeo, «la ciudad oriental no constituyó el agente de renovación, cambio, ideación y progreso que actuó en la Historia europea...», cuyas causas, dentro de la más estricta coherencia doctrinal, habría que buscarlas «en su propia historia y psicología cultural...» (3, p. 125-127). Alteradas éstas por la penetración cultural y política occidentales, que irrumpió en Asia a través de las ciudades, no es de extrañar que fuera desde ellas como se emprendió la transformación profunda de su estructura política, económica y cultural.

La identidad cultural urbana seguirá preocupando a Terán en sucesivos trabajos, desde unas premisas nada proclives a la generalización; al contrario, muy cautamente relativiza las situaciones histórico-culturales, aunque admitiendo la progresiva confrontación entre una «civilización campesina» y una «civilización técnica», enfrentadas dialécticamente con intensidad creciente desde hace varios decenios. Terán será un observador preocupado por la confrontación rural-urbana, cuyo momento álgido se alcanzará en España durante la década de los sesenta, durante la cual «la hipertrofiada realidad urbana... en forma de un nuevo medio técnico, amenaza con invadir más allá de sus contornos el ámbito de la civilización rural» (15, p. 4), a pesar de que en su interior se habían generado organismos semiurbanos tan atractivos y equilibrados como las capitales comarcales, a mitad de camino entre lo rural y lo urbano. Su admiración por ellas hace decir a Terán refiriéndose a Calatayud:

«Pero Calatayud sigue siendo la ciudad de la huerta y las torres mudéjares. Los primores de la huerta y su fina arquitectura son la expresión de una misma cultura y creación de un pueblo que ha sabido exaltar hasta sus máximas posibilidades el agua y el barro» (1, p. 171).

La atenta mirada de Manuel de Terán sobre el mundo urbano en ebullición que le tocó vivir en su madurez le encamina inevitablemente, dada

su sensibilidad social y su compromiso ético, hacia posturas claramente alineadas con una actitud crítica frente a los problemas de la ciudad. Nos atrevemos a arriesgar que Terán tenía in mente el descontrolado crecimiento de Madrid, que él había vivido y estudiado (5), cuando hablaba en plena madurez creativa de «un selvático crecimiento competitivo en el que el juego de la libre especulación y de los intereses individuales, de grupo o de empresa, impusieron su ley como los árboles más vigorosos del bosque» (15, p. 5). La integración de la ciudad en el sistema productivo, su conversión en mercancía, amparada en la reglamentación reguladora del derecho de propiedad proporciona a Terán un soporte interpretativo muy valioso para la organización física y tipológica de la ciudad. Así lo dejó expresado:

«Las variaciones de la renta urbana y de las inversiones inmobiliarias, todo lo que desde un punto de vista político, jurídico y financiero afecta a la estructura de la propiedad urbana tiene un reflejo que de él se hace, en la organización del plano, en el alzado de sus edificios y constituye, en consecuencia, unos de los factores estructurales del paisaje urbano». (16, p. 172).

Los mecanismos descritos, lejos de ser inocuos, ponen en marcha «fenómenos de segregación y estratificación de grupos sociales diferenciados», cuya aparición no tiene nada de casual, sino que surgen «bajo el signo de la economía de libre empresa, del afán de lucro, de la inversión rápida y rentable, del sistema de mercado y del provecho individual» (16, p. 173-174). Si tenemos en cuenta que las citas precedentes fueron escritas en 1966, se comprenderá fácilmente cómo la aportación de Terán fue decisiva para que entre nosotros encontrara una tierra abonada y preparada donde pudiera arraigar con fuerza el paradigma radical de interpretación y solución de los problemas concomitantes con el modelo urbano capitalista.

La preocupación por las «nuevas aspiraciones e ideales de habitar y vivir» de la población urbana (15, p. 6) impulsaron a Terán hacia los postulados del paradigma conductista, del que recuerdo una muy explícita referencia suya a raíz de la defensa pública de la tesis doctoral de quien escribe estas líneas, posteriormente plasmada en el prólogo de la publicación. Abundando en esta misma línea, en el citado prólogo D. Manuel, refiriéndose a la percepción del paisaje por personas que como los poetas, escritores y artistas están dotados de una particular sensibilidad para ello, eligió diversas citas literarias, que traducían inequívocamente «la admiración e incluso el afecto que la contemplación de la Sierra ha producido en algunos de los más finos y sensibles ingenios de nuestra literatura contemporánea». (21, p. 7). Abría así, que nosotros sepamos, un nuevo frente de investigación dirigido hacia la aproximación perceptual que aún se halla virtualmente inédito entre nosotros. Por lo demás, su interés por ella en relación con la ciudad parece haber crecido en sus últimos años. Así, en el texto más reciente que de él conocemos recalca las insu-

ficiencias de los modernos medios de comunicación para llegar a configurarse una «geografía como ciencia de andar y ver», lo que explicaría la dificultad creciente de llegar a construir una «geografía del peatón», modalidad perceptual ideal para obtener un menudo y directo conocimiento del medio urbano (27, p. 13).

Una rara versatilidad en el manejo de todas las escalas que el análisis de lo urbano exige o posibilita.

Ninguna de las escalas utilizadas por los geógrafos para el estudio de lo urbano escapan al interés de Manuel de Terán, «a su finura humana y a su aportación a la vez tan crítica y tan plena de conocimientos» como diría de él Orlando Ribeiro.³ Desde las primorosas monografías locales de los años 40, que rezuman erudición y buen hacer de artesano meticuloso, hasta las luminosas sistematizaciones contenidas en los manuales de Geografía de España o Universal, no hay ámbito de la ciudad que escape a su atención, siempre clara y precisa; y, lo que es aún más sorprendente, supo aplicar a cada uno de ellos un enfoque conceptual siempre moderno y sugerente así como las herramientas metodológicas más acertadas en cada caso.

Sin duda es la ciudad consolidada y sus elementos mejor definidos (barrios, calles, espacios públicos, etc.) donde encontrará Terán un campo mejor abonado para desarrollar su enorme capacidad de introspección analítica; y se dedicará a la tarea con particular cariño. La pequeña ciudad, objeto de sus primeros trabajos, hoy tan justamente reivindicada por el sector más sensible del movimiento urbanístico, le lleva a afirmar que:

«Entre ambos extremos (la aldea y la gran ciudad) la pequeña ciudad es un equilibrio de naturaleza y espíritu, una armoniosa síntesis de alma y paisaje» (1, p. 163).

La preocupación por los centros urbanos será una referencia permanentemente presente en su obra, pero desprovista de todo lastre arcaizante de corte conservacionista o puramente esteticista. Así, a mediados de los años 60, muy lejos aún de la actual euforia rehabilitadora, Terán escribe:

«La regeneración de la ciudad he de comenzar por su centro, restituido en sus funciones rectoras e inspiradoras para el conjunto de la vida urbana. No sólo en las de un centro comercial y financiero, sino en las de tipo cultural y social, las de ágora y forum» (15, p. 7).

Terán opta, pues, claramente por una «recentralización» (termino que

³ RIBEIRO, O., op., cit. p. 11.

merecería la pena recuperar para el urbanismo de ahora mismo) pluri-funcional, alejada de la feroz terciarización reciente y que sólo será hecha posible a través de intervenciones aún tan poco generalizadas entre nosotros como la peatonalización, de forma que la calle quede «exclusivamente reservada para la andadura y el paseo del hombre» (15, p. 8).

No se encastilla, empero, Terán en una indiscriminada «sacralización» de los elementos urbanos heredados del pasado, ya que «si la ciudad vive y late al unísono con los tiempos de la Historia, necesita un laborioso y, a veces, penoso trabajo de remodelación y acomodación a lo que esos tiempos exigen» (19, p. 10). Sin duda en la mente de D. Manuel, próximo ya a su declinar biológico, se avizoraban las polémicas que en torno a los cascos históricos, sus alternativas y potencialidades son aún hoy tema abierto, al que sin duda habría aportado valiosas sugerencias. En todo caso, nos queda su clara opción por una reconstrucción del centro urbano, cuyo derecho «humildemente nos atrevemos a proclamar», al igual que Lefebvre hiciera respecto a la ciudad (26, p. XXVI).

Las preferencias por las microescalas, tan del gusto de los cultivadores del paradigma fenomenológico, se hallan ampliamente representadas en la obra más madura de D. Manuel y le acompañarán hasta sus últimos trabajos y aportaciones teóricas. Así escribía en 1979 refiriéndose al barrio como objeto de estudio geográfico por antonomasia:

«El barrio era una unidad de análisis no sólo de residencia sino de trabajo, de consumo, de relación social y esta conciencia creemos que se ha debilitado...» (26, p. XXVI).

Es un análisis finísimo de los elementos tanto físicos como sociales y funcionales integrados en ese espacio privado-público organizado en torno y en función de la calle probablemente la aportación más apreciada de Terán a la Geografía Urbana, habiendo alcanzado categoría de ejemplaridad tanto dentro como fuera del colectivo de los geógrafos. Obviamente nos referimos a su estudio modélico sobre las madrileñas calles de Alcalá y Toledo, verdadera joya de la producción teraniana, modelo para ulteriores investigaciones y, lo que aún es más importante, elocuente muestra de como la Geografía puede contar con resortes más que sobrados para sintonizar con las realidades urbanas más sutiles y menudas, siempre y cuando se hallen enraizados en un talante ilusionado, en un calor interior que anime a la tarea y en un permanente esfuerzo de captación por las preocupaciones de nuestro tiempo, unido todo ello a ese «sentido de mayor responsabilidad... de los hombres que se interesan y toman a su cargo la curación de los males de la ciudad y la previsión para evitar su repetición en el futuro» (15, p. 6). La revalorización de la calle y, en general, de los espacios públicos, auténtico banderín de enganche del urbanismo postmoderno, cuenta en esta investigación de Terán con un prototipo de buen hacer analítico, soporte valioso e imprescindible para una correcta intervención en la ciudad.

No escapan a la aguda mirada de Terán las grandes transformaciones socio-económicas y espaciales que tan profundamente están alterando la realidad urbana actual, fruto de las cuales ha sido el nacimiento de un modelo urbano difuso, muy diferente del «nuclear» tradicional. Muy gráficamente, al referirse a procesos de difusión espacial de la ciudad como la «suburbanización» o la «exurbanización», habla de que «la ciudad se pone en movimiento», al mismo tiempo que detecta su proyección regional con toda su carga «ordenadora y organizadora del espacio» (16, p. 175). Terán conoce y sigue de cerca el «estallido» o «explosión» urbanos, iniciados decenios atrás en las metrópolis anglosajonas o en París (15, p. 1-2). Son frecuentes sus referencias a la ausencia en Madrid hasta bien recientemente de una «banlieue» típica, sustituida por un nítido y brusco contacto entre espacio rural y urbano en la periferia madrileña. Por contraste, Terán utiliza, a nuestro juicio muy atinadamente, refiriéndose a Bilbao el término «banlieue industrial» para denominar a los poblados mineros e industriales de la margen izquierda de la ría del Nervión y «banlieue lineal» para designar a todo el desarrollo de la aglomeración bilbaína aguas abajo de la villa (14, p. 85).

Su atención se mantiene muy despierta durante las dos últimas décadas en torno a la proyección de Madrid sobre la Región centro o región urbana madrileña, cuyo desbordamiento más allá de los límites provinciales alcanza las provincias limítrofes (22, p. 10). Queda de manifiesto tal interés en la serie de tesis que sobre la dinámica metropolitana madrileña dirige a finales de los 60, inmediatamente posteriores a su propia colaboración en las informaciones urbanísticas preparatorias del Plan General de Ordenación Urbana del Área Metropolitana de Madrid y del Plan Comarcal de Bilbao (4, 8). A través de los prólogos escritos a raíz de la publicación de las citadas tesis se advierte con qué modernidad de criterio ha captado Terán la liquidación en el caso madrileño, siguiendo el modelo urbano propio de los países industriales avanzados, de la «radical oposición y antítesis entre campo y ciudad» y cómo la capacidad configuradora del espacio por parte de la ciudad da lugar a una nueva realidad urbano-rural, que «se extiende más allá de sus límites estrictos y alcanza a un ámbito regional o comarcal de mayor o menor amplitud, el cual queda sometido a su influencia y acción rectora» (20, p. 8). Esta «tutela» de Madrid, como él la define, no tiene por qué suponer «continuidad de edificios, sino urbanización a distancia, proyección hasta núcleos y municipios rurales» distantes decenas de kilómetros, los cuales sufren fenómenos de contagio que afectan desde la fisonomía «hasta la mentalidad, hábitos de consumo, producción y comportamiento de sus habitantes». El resultado final sería la creación por Madrid de una «región polarizada» (23, p. 7-8).

Un paso más en la ampliación de la escala espacial urbana lo da Terán a través de sus referencias a los sistemas urbanos, a las redes y jerarquías urbanas, que vienen a constituir un modo de «armazón regional»,

que articula o «vertebra» el territorio, según gustaban de creer por entonces bastantes geógrafos y economistas regionales. Terán advierte en ello una nueva aportación, aprovechable sin duda, pero en la práctica ni directamente ni mediante la dirección de trabajos fue esta una línea de interés muy cultivada por D. Manuel.

Un aprovechamiento casi exhaustivo del riquísimo filón temático que la ciudad ofrece.

Hay una idea en la obra de Terán en relación con la ciudad que, correctamente interpretada, aportó la clave sobre la que se apoyan sus aportaciones más sugerentes; tiene, por otra parte, una continuidad en el tiempo que la pone a cubierto de modas y coyunturas conceptuales; se trata de la idea de la ciudad «como algo vivo y en movimiento», lo que, lejos de cualquier veleidad de biologismo organicista, hay que entenderlo en cuanto que la ciudad es «la expresión material» de la sociedad y de sus sistemas de relaciones; «y esto es algo esencialmente móvil, dinámico, vivo, en definitiva, como lo son el hacer, pensar y querer» de los hombres que nutren la sociedad en un determinado momento histórico (15, p. 8).

Este habrá de ser el hilo conductor de la interpretación de todos los elementos tanto físicos como funcionales de que la ciudad se constituye. Nos detendremos brevemente en el engarce que presentan las funciones urbanas respecto a esta base sustentadora, soporte sin el cual el análisis funcional puede devenir un simple inventario. Tomando como ejemplo el caso de Bilbao, Terán explica su potencia económica como fruto de «una concentración humana que constituye el soporte infraestructural y el agente impulsor», del que, por otra parte se derivará como expresión material «un paisaje urbano enérgico y dinámico» (12, p. 75). Pero no olvida que la sociedad urbana también presenta las contradicciones propias de un sistema socio-económico marcado por la desigualdad, cuyo reflejo urbano será la estratificación y la segregación.

En la morfología urbana encuentra Terán un particular atractivo, que venía a complementar el que también sentía por el habitat rural. Lejos de la frialdad tipológica, adivina en el paisaje urbano múltiples ingredientes, lo que le lleva a decir al hablar de Sigüenza que «es el resultado de la naturaleza geológica de la comarca, de su emplazamiento y del carácter militar de su función en la Edad Media» (2, p. 658). El gusto por los aspectos formales de la ciudad pulsa en Terán resortes poéticos, que ponen en su pluma expresiones auténticamente inspiradas como cuando, al referirse a Albarracín, lo califica de «brioso y áspero paisaje urbano, en armonía con el paisaje natural» para concluir con uno de los más poéticos pasajes de la bibliografía geográfica española:

«Y en los días del sol florecen los chapiteles de las torres con sus tejas vi-

driadas, verdes, azules, blancas, doradas, como flores del matorral de la serranía» (1, p. 201).

Tras aquéllos espléndidos lirismos de sus primeros trabajos, Terán va madurando su aproximación al paisaje urbano como reflejo que es de una peculiar «ocupación del suelo y organización del espacio» (16). Si bien lo sigue considerando en cuanto realidad visible, fisonómica y morfológica, ésta queda intimamente ligada a los procesos de «valorización económica», de la que es trasunto la noción de intensidad de la ocupación, y a una normativa jurídica fluida y cambiante, que, a través de las relaciones de propiedad y de intercambio, ha dado lugar a las complejas estructuras parcelarias apreciables en nuestras áreas urbanas consolidadas.

Las peculiaridades morfológicas y tipológicas de la ciudad, incluidas las variantes de la casa urbana, que ya le interesaron en su trabajo sobre Sigüenza, serán una constante de su obra, si bien su aportación más relevante corresponde por derecho propio al estudio sobre las calles madrileñas de Alcalá y Toledo. Translada Terán este interés por el espacio construido urbano a sus clases de Geografía Urbana tanto en la Universidad como a las que imparte durante bastantes años en los cursos de Técnico Urbanista del Instituto de Estudios de Administración Local, uno de cuyos alumnos ha llegado a destacar como tesis subyacente de su análisis de la ciudad la relación entre «estructuras complejas... con espacios públicos ordenadores»⁴. Terán profundiza con el tiempo en las posibilidades expresivas e interpretativas de la morfología urbana, más allá de los siempre valiosos esfuerzos taxonómicos de sistemas viarios y variantes tipológicas, para llegar a la conclusión en una de sus más recientes escritos de que «para el geógrafo la ciudad es ante todo un paisaje» (23, p. 9).

Un conocimiento de la ciudad comprometido con sus problemas y responsabilizado con la búsqueda de soluciones al servicio de la sociedad.

Manuel de Terán demostró tanto con su obra como con su trayectoria profesional y su magisterio que son perfectamente compatibles la calidad científica del estudio urbano con el compromiso ante los problemas y las demandas sociales. No será, ya desde sus primeros trabajos, mero notario imparcial de la realidad que le tocó vivir. Ya en los estudios locales de los años 40, aflora su vena crítica, que se irá acentuando con el tiempo hasta alcanzar en los años 60 sus aportaciones más maduras y doctrinales (15, 16). Se refiere en ellas explícitamente a la «herencia de la ciudad

⁴ ORDAS, J. M. (1984). Tres enfocs de Geografía Urbana. *Maresme Verd*, 8-9, 11-12. Agradezco a Fernando Terán el haberme facilitado esta referencia, que presenta el especial interés de proceder de una relación académica con D. Manuel mucho más somera que la mantenida en las aulas universitarias.

nacida de la Revolución Industrial», a las «resistencias ofrecidas por una trama de intereses legítimos e ilegítimos», al «selvático crecimiento competitivo» o al «juego de la libre especulación y los intereses individuales».

La solución para todos estos lastres de la ciudad, en parte heredados, en parte fruto de la dinámica socio-económica puesta en marcha durante lustros de desarrollismo desenfrenado, Terán la considera muy difícil y compleja, necesitada, al mismo tiempo que de importantes recursos económicos, de las «energías morales de toda la sociedad de nuestro tiempo que en ella debe sentirse comprometida» (15, p. 5 y 8). Su esperanza en la capacidad transformadora del urbanismo radica, más que en las técnicas al uso, «en un sistema de ideas y principios, una noción clara de lo que la ciudad ha sido y es, de lo que creemos que debe ser», para lo cual considera imprescindible que la sociedad esté «imbuida de un pensamiento coherente, capaz de movilizar la voluntad y las energías humanas hacia un frente de acción ordenado y auténticamente progresivo» (4, p. 4). Aquí se hallaría, sin duda, la clave del éxito o el fracaso del urbanismo como disciplina y como proyecto social.

Terán se sentirá, pues, comprometido con las exigencias sociales afloradas en la ciudad, pero el suyo no será un compromiso puramente instrumental o tecnocrático, sino basado en la responsabilidad ante la sociedad que toda ciencia debe asumir y en íntima conexión con otras que se ocupan de la ciudad, es decir, «mediante un conocimiento interdisciplinario de la realidad». Así veía en sus años maduros el papel del geógrafo de cara a la intervención en la ciudad:

«El geógrafo tiene una responsabilidad ante la sociedad que ya hay que asumir; sin dejar de hacer investigación de base, se tienen que abordar trabajos prácticos de utilidad inminente y de máxima actualidad». (24, p. 13).

Para estar en condiciones de prestar un servicio eficaz, Terán se esfuerza por mantenerse al día en el conocimiento de las corrientes urbanísticas más actuales. En su momento de máxima difusión y aceptación vio en el urbanismo racionalista una posibilidad de conjurar los riesgos de la primacía de los intereses individuales y de la especulación. Sus elogios de la Carta de Atenas, símbolo de un meritorio esfuerzo racionalizador de la ciudad, desgraciadamente frustrado luego por los hechos, quedan matizados al exigir que la planificación urbana (con su ulterior proyección regional) se haga con las debidas precauciones «en cuanto al cuadro técnico, en que han de colaborar especialistas de muy diversas ciencias del hombre» (15, p. 8) y en cuanto al respaldo de toda la colectividad, única forma de garantizar su eficacia y cumplimiento. El que hayan faltado estos requisitos entre otros explica en gran medida el fracaso de las «recetas» propuestas por el racionalismo, fácilmente instrumentalizado por los intereses y agentes actuantes en la ciudad.

El período de más directa participación de Manuel de Teán en tareas

de apoyo al planeamiento se produce entre 1960 y 1965. Las memorias urbanísticas que por imperativo de la Ley de Suelo de 1956 debían acompañar a los documentos de planeamiento dieron pie a una serie de colaboraciones, en las que, junto a D. Manuel participaron otros geógrafos jóvenes formados por él en el Instituto Juan Sebastián Elcano de Geografía.⁵ Con aportaciones difíciles de deslindar participa Terán en un conjunto de informaciones urbanísticas regionales, provinciales y locales, que, por encargo de la Dirección General de Urbanismo, estaban llamadas a servir de base al «nonnato» Plan Nacional de Urbanismo. Está registrada su presencia en los equipos redactores de siete de estas valiosas recopilaciones informativas sobre temas tan diversos como evolución histórica, transportes o vivienda. (7, 9, 10, 12, 13, 17, 18). Más fácilmente identificable es su presencia en las revisiones de los planes metropolitanos de Madrid y Bilbao (1961). Esta última colaboración le dará pie a la preparación de una sustanciosa aportación al XX Congreso Internacional de Geografía (Londres, 1964), a través de la cual podemos vislumbrar el enriquecimiento que para el planeamiento puede suponer un análisis geográfico sólido sobre el territorio objeto de intervención. Utilizando como hilo conductor la población, queda al descubierto la trama interna de la ciudad, desde su estructura económica hasta la dinámica social propia de uno de los fenómenos urbanos a escala española más representativos de la lógica espacial propia del sistema capitalista. Incluso llega a plantearse problemas terminológicos que aún hoy sigue siendo oportuno poner sobre la mesa de la discusión (14, p. 86).

Con estas colaboraciones Terán vino a demostrar fehacientemente que para que la aplicación de la Geografía cumpla plenamente con sus compromisos sociales debe apoyarse en una sólida investigación de base, en que se pongan al servicio de la colectividad las aproximaciones más sugerentes y las metodologías más de punta. No hurtó D. Manuel, por lo demás, su apoyo a empresas de difusión del conocimiento de la ciudad, otro de los frentes que el geógrafo debe acometer como ilusionada contribución a una mayor participación social en la transformación de las condiciones de vida urbana y en la creación de ciudad. Así, por encargo del Instituto de Estudios Madrileños, del que era miembro desde 1971, redacta un preciso prólogo para el tomo I de una obra colectiva sobre Madrid editada en fascículos por Espasa-Calpe (26). Terán no pierde la ocasión de suscitar sus preocupaciones científicas sobre el estudio de la ciudad (la redundancia del barrio como tema de estudio y lugar de vida), vuelve a demostrar su actualización conceptual y pone una vez más a disposición de sus conciudadanos toda la carga emotiva que para él sigue teniendo

⁵ Estos fueron los hoy catedráticos de Geografía A. López Gómez, A. Cabo, J. García Fernández, F. Quirós, además de J. Bosque Maurel, los dos primeros también como colaboradores suyos en el Análisis de la Estructura Urbana del Plan General de Ordenación Urbana del Área Metropolitana de Madrid.

un Madrid que, parafraseando a Machado, pervivía en su espíritu como «el rompeolas de todas las Españas».

BIBLIOGRAFÍA DE MANUEL DE TERÁN CITADA EN TEXTO

1. (1942). Calatayud, Daroca y Albarracín. Notas de Geografía Urbana. *Est. Geogr.*, 6, 13-18.
2. (1946). Sigüenza. Estudio de Geografía urbana. *Est. Geogr.*, 25, 633-666.
3. (1958). Ciudad y urbanización en el continente asiático. *Rev. de la Univ. de Madrid*, 25, 113-138.
4. (1961). Análisis de la estructura urbana. In Ministerio de la Vivienda. Comisaría para la Ordenación urbana de Madrid y sus alrededores. *Madrid*. Vol. I y II.
5. (1961). El desarrollo espacial de Madrid a partir de 1868. *Est. Geogr.*, 84-85, 599-615.
6. (1961). Dos calles madrileñas: las de Alcalá y Toledo. *Est. Geogr.*, 84-85, 7-42.
7. (1962). *Información urbanística de Guipúzcoa*. Dirección General de Urbanismo, Madrid.
8. (1962). *Información urbanística de Bilbao y su comarca*. Dirección General de Urbanismo. Madrid.
9. (1963). *Información urbanística de Sevilla*. Dirección General de Urbanismo, Madrid.
10. (1963). *Información urbanística de Vizcaya*. Dirección General de Urbanismo, Madrid.
11. (1964). Geografía Humana y Sociología. Geografía Social. *Est. Geogr.*, 97, 441-466.
12. (1964). Información urbanística de Aragón. Dirección General de Urbanismo. Madrid.
13. (1962). *Información urbanística de Vigo*. Dirección General de Urbanismo, Madrid.
14. (1964). El trabajo y la estructura demográfica del Gran Bilbao. In *Aportación Española al XX Congreso Geográfico Internacional*, C.S.I.C. Madrid, 75-88.
15. (1965). Editorial. *Arquit.*, 83, 1-8, (número monográfico dedicado al éxodo rural).
16. (1966). La ciudad como forma de ocupación del suelo y organización del espacio. *Rev. de Est. de la Vida Local*, 146, 161-177.
17. (1966). *Información urbanística de Andalucía*. Dirección General de Urbanismo, Madrid.
18. (1967). *Información urbanística de Oviedo*. Dirección General de Urbanismo, Madrid.
19. (1976). Prólogo para el libro de E. Ruiz Palomeque: Ordenación y transformaciones del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX-XX. *Inst. de Estudios Madrileños*. Madrid, 9-11.

20. (1977). Prólogo para el libro de J. Gómez Mendoza: *Agricultura y Expansión urbana*. Alianza Editorial, Madrid, 8-13.
21. (1977). Prólogo para el libro de M. Valenzuela: *Urbanización y crisis rural en la Sierra de Madrid*. Inst. de Est. de Administración Local. Madrid, 7-9.
22. (1977). Prólogo para el libro de J. Vinuesa: *El desarrollo metropolitano de Madrid: sus repercusiones geodemográficas*. Inst. de Est. Madrileños. Madrid, 9-12.
23. (1978). Prólogo para el libro de A. García Ballesteros: *Geografía Urbana de Guadalajara*. Fund. Univers. Española. Madrid, 7-9.
24. (1978). Prólogo para el libro de A. Olivera: *La enseñanza en Madrid. Análisis de una función urbana*. Inst. de Est. Madrileños, Madrid, 11-13.
25. (1979). Prólogo al libro de L. López Trigal: *La red urbana de León. Análisis de Geografía Regional*. Coleg. Univ. de León. 13-15.
26. (1980). Introducción al tomo I de la obra colectiva *Madrid*, Espasa-Calpe. XXIII-XXVII.
27. (1981). Prólogo para la obra colectiva *Madrid. Estudios de Geografía Urbana*. C.S.I.C. Inst. Elcano, Madrid. 9-12.

